

ninguna renovación del género; simplemente, una recomposición de los elementos manidos para valorarlos convenientemente al utilizarlos con habilidad. Y esto dada la mediocridad del cine que, en general, padecemos, es muy probable que no sea poco. ■ G.

TEATRO

Teatro español en el extranjero

Con «Quejío», el espectáculo ofrecido durante varios meses en el Pequeño Teatro de la calle Magallanes, ha ocurrido lo mismo que con «Oratorio». Se trata de espectáculos considerados como modestos dentro del aparato teatral español, que luego, al aparecer en un festival internacional extranjero, merecen juicios y calificaciones que jamás consiguieron nuestros «espectáculos importantes». El secreto, a fin de cuentas, no es tan difícil de descubrir. Tanto «Oratorio» como «Quejío», se apoyan en una autenticidad mucho más convincente que el espectacularismo cultural de la mayor parte del teatro. Por encima de sus características teatrales, por encima de su brillantez, este tipo de espectáculos impone su verdad, la idea de que no estamos ante un teatro salido del teatro sino de un teatro que sale de la realidad. No es extraño que otro espectáculo triunfador en el Teatro de las Naciones haya sido «El campesino», grupo chicano que se limita a manifestar, con una extraordinaria simplicidad de medios los problemas socioeconómicos del proletariado de aquella región del Sur de los Estados Unidos. En todo caso, «Quejío», después de intervenir en el Teatro de las Naciones de París, se ha presentado en Nan-

cy y se encuentra ahora a punto de iniciar una larga gira a través de los festivales internacionales más importantes.

Otro destacado triunfo internacional español ha sido «Yerma», en el Festival de Londres; esta vez no se trata de un espectáculo «modesto», pero no deja de ser sorprendente cotejar las críticas inglesas con las notas aparecidas en algunos periódicos españoles a raíz del estreno en Madrid. Para descubrir que las críticas que aceptan tantos espectáculos de segunda fila en los teatros madrileños resultan mucho más agresivas que las críticas de Londres.

Y que en algún caso esta agresividad, como ya es sabido una de nuestras virtudes nacionales, llega al punto de falsear la acogida hecha a «Yerma», presentando como fracaso lo que ha sido un gran éxito. Más aún, se ironiza sobre las «pretensiones» de Víctor García y de Nuria Espert, o sobre la aceptación entusiasta que dicho espectáculo ha obtenido en Madrid, sin que paralelamente el inteligente cronista nos dé su opinión sobre, pongamos por caso, las comedias programadas en la última Campaña Nacional. En fin, la broma de siempre. Dos grandes triunfos del teatro español en el extranjero, vaya usted a saber si porque allí son más listos que nuestros cronistas o si porque gentes como Peter Brook son unos imbéciles y la verdad teatral pasa por el meridiano oficial de Madrid. ■ JOSE MONLEON.

El pasaporte del teatro Español

Que una compañía de teatro privada española se decida a salir al extranjero en plan profesional no es algo muy corriente. Algunos grupos jóvenes, Marsillach y la Espert parecen ser las únicas excepciones. Generalmente estas salidas suelen tener poco eco en el público español, y haya sido buena o mala la «tournée», los conflictos o facilidades que la compañía en cuestión encuentra para continuar su trabajo en España permanecen al margen de esa salida al extranjero. Mientras a Marsi-

llach se le abrían todos los teatros de Sudamérica y le pedían un urgente regreso, en España no se le autorizaba el montaje de su obra siguiente. Mientras el grupo Támano o el grupo Aguaviva actuaban en el extranjero con notable éxito, al regreso se quedaban sin trabajo o con su espectáculo mutilado.

Otra forma de indiferencia ante el esfuerzo que supone el realizar un montaje poco común en el panorama teatral español, y arriesgarse luego a la comparación con otras compañías profesionales europeas, consiste en tergiversar las noticias del éxito o el fracaso que la compañía española obtiene en el exterior. Y este parece ser el caso de algunos periódicos españoles con respecto a Nuria Espert, que acaba de regresar de Londres donde ha actuado durante seis días —el tiempo máximo de actuación permitido— en el Festival de Teatro organizado en el Aldwich por la Royal Shakespeare Company. Mientras aquí se recogía la noticia de que la «Yerma» de Lorca-García-Espert no había interesado nada a la crítica londinense, los periódicos de aquella ciudad comentaban ampliamente fascinados la actuación de la compañía española. Según dice la propia Nuria Espert, los términos usados para comentar el éxito obtenido con «Yerma» sorprendieron a los propios ingleses, ya que en general se tiende a comentarios más sobrios, menos entusiasmados y ditiámicos. Y realmente así son las críticas aparecidas en «The Sunday Times», «Financial Times», «Daily Telegraph», «The Times», «The Observer», «The Guardian», «Evening News», «The Sunday Telegraph» y otros. ¿Cómo es posible que el resumen de la lectura de estos periódicos sea el de que «Yerma» no interesó a la crítica inglesa?

Hablando con Nuria Espert de la actuación de su compañía en el Festival de Londres nos cuenta los tumultos que se formaban para entrar al teatro, los grupos de personas que tuvieron que derribar a quienes les impedían la entrada por encontrarse el teatro totalmente lleno, la atención con que el público inglés seguía la representación a pesar de tener que hacerlo por me-

dio del nefasto, pero inevitable invento de la traducción simultánea —traducción realizada por especialistas en Lorca, al margen de la traducción oficial—, de las continuas visitas de eruditos en Lorca que obsequiaban a la compañía con sus libros editados, del contrato ofrecido por el Round House para que la compañía representara en temporada normal la obra que obtenía tanto éxito, la propuesta hecha por los organizadores del Festival para que el próximo año vuelvan con la misma «Yerma» y actúen de nuevo, pero dos semanas en lugar de una, del viaje que ahora prepara para representar en Nueva York, comercialmente, esta «Yerma» que, sin subvención de ninguna clase, empieza a pasearse por unos teatros y por unos críticos más acostumbrados que nosotros a espectáculos de mayor rigor.

—También el año pasado actuamos en festivales con «Las criadas», y obtuvimos, como se sabe, el primer premio del de Belgrado. También lo hicimos sin subvención. Y, al regreso, nos encontramos con muchas dificultades para estrenar «Yerma», y tuvimos que esperar bastante tiempo hasta conseguirlo... Si ahora, tras un esfuerzo increíble, vamos a Londres, debutamos e interesamos, pero aquí se dice que no hemos gustado, empiezo a no entender nada y a preguntarme qué es lo que se puede hacer, cómo hay que hacer las cosas, qué puedo decir para desmentir esa versión de la realidad...

¿Qué se puede hacer, pues, para que las escasísimas compañías privadas que se interesan en un teatro digno obtengan entre nosotros una cierta facilidad de trabajo? ■ G.

CANCION

Verano del 67 (las flores olvidadas)

La llegada de «Monterey pop» a nuestras pantallas

supone una agradable sorpresa para los aficionados al «rock». Hasta ahora, hemos vivido con una mezquina dieta que no llegaba a la película (invariablemente, de los Beatles) por año. En 1970 fuimos lo bastante ingenuos como para alimentar esperanzas respecto a «Woodstock». Naturalmente, alguien decidió que su contenido era demasiado peligroso y subversivo como para que la vieran los hijos (los pobres, tan impresionables...) de los que hicieron la guerra. «Monterey pop» no tiene cuerpos desnudos ni énfasis en la «hierba», y ha logrado pasar la Gran Muralla. Es una ocasión para regocijarse, tal vez signifique un cambio de actitudes por parte de las distribuidoras. De cualquier forma, significa que podemos disfrutar de una maravillosa película.

El Festival de Monterey entrará en la historia como el primero de los grandes festivales de «rock». En junio de 1967, un selecto grupo de artistas, que habían accedido a actuar gratuitamente, llegaron a Monterey para tocar ante una masa juvenil que descubría con sorpresa que de todos los rincones de California había venido gente igual a ellos. La euforia de la afirmación de la propia existencia como grupo, el entusiasmo de los músicos que tomaban conciencia de su papel como sacerdotes y dioses de la nueva religión, todo contribuyó a hacer de aquellos días una extraordinaria ocasión en que todos participaron sin saber que aquello no podría sentirse. Al año siguiente, bajo presiones de la Policía y los ciudadanos «decidentes» de la ciudad, se negó el permiso para usar los terrenos.

«Monterey pop» es la versión comprimida de las veintidós horas de música del Festival, junto con escenas que complementan lo que pasó en el escenario. El realizador es D. A. Pennebaker, del cual no conozco demasiados detalles. Acompañó a Dylan en sus jiras de 1965-66, y de ahí salió «Don't Look Back», una excelente pieza de «cinema verité», y «Eat the Documents», un documental para televisión que sólo ha sido exhibido en una ocasión. También colaboró con Godard en «One Ame-